

Apuntes polémicos

# ESPAÑA, Y SUS CONTRADICCIONES

**L. FERNANDO DE LA SOTA**

---

Qué acertado estuvo el famoso Canciller de Hierro, el ilustre Otto Von Bismarck con su demoledora y conocida opinión sobre España cuando dijo aquello de: «*España es el país más fuerte del mundo, porque los españoles llevan dos siglos intentando destruirlo y aún no lo han conseguido*», o aquella otra, que siento no recordar quien la pronunció, referida a que «*entre varias personas de diferentes países que están hablando, se puede reconocer fácilmente a los españoles, porque es seguro que lo estaban haciendo mal de España*».

Y esa lamentable cualidad, por llamarla algo, viene siendo recurrente a lo largo de nuestra Historia, algo que resultaría incomprensible en cualquier otro país.

Aunque no debe haber ninguno. Porque resulta admirable, el que por el contrario lo habitual, es que todos se esfuercen y hagan todo lo posible, en algunos casos no solo exagerando sino incluso mintiendo por resaltar y magnificar sus hazañas y sus victorias disimulando sus derrotas. Exaltando sus ingenios y descubrimientos científicos, así como la importancia sin igual de sus escritores, pintores, músicos, o cualquier otra clase de signos de excelencia de su pasado o de su presente que demuestre su superioridad para admiración del mundo y satisfacción y orgullo patriótico de sus habitantes.

Y aquí, en este tema del tratamiento de nuestra Historia, ya podemos encontrar nuestra primera e inexplicable contradicción.

Porque nosotros no. Al contrario. En lo que debiera haber sido la defensa y exaltación de lo mejor de nuestro pasado, y por poner un ejemplo, en el tema de una de las hazañas más importantes de la Historia del mundo protagonizada por españoles, ya nos dejamos arrebatar el nombre de la tierra descubierta, y que se llama América en lugar de Hispania o Colona. Así mismo nos volvimos a dejar enredar con aquello de la Leyenda Negra que se inventó la envidia de otros países y permitimos que, incluso todavía hoy, se hable más de los errores, los excesos y la sangre, que siempre cuesta una conquista sobre otros pueblos, —que por cierto nada tenían de pacíficos—, que de la trascendencia y orgullo de la Ley de Indias, muestra irrefutable de nuestro respeto a los indios y base del posterior mestizaje, a los que les dimos idioma, religión y cultura. Nada que ver con otras conquistas realizadas por aquellos otros países que nos denigran con sus versiones trufadas de sus historiadores y que han conseguido hacer buena su opinión entre las actuales generaciones de los pueblos hispanos.

Y hoy tenemos que soportar que ignorantes, malvados, o las dos cosas a la vez, políticos o dirigentes de aquí, o de aquellos entrañables pueblos hermanos, nos insulten, falsifiquen la realidad e incluso nos insten a que pidamos perdón por todo lo que les

dimos y nos deben. Así como que derriben con saña, sin protesta oficial por nuestra parte, nuestras señales de identidad en sus ciudades, incluso las de aquellos que dedicaron su vida a elevar su cultura, su educación y su bienestar.

Pero pasemos a otras contradicciones sin remontarnos tanto en el tiempo, centrándonos en otros temas más cotidianos que provocan la natural sorpresa.

En el aspecto económico:

Creo que nadie puede negar que estamos viviendo un tiempo de grave crisis económica. En una tormenta perfecta se nos ha ido juntando todo. Apenas va remitiendo la pandemia del Covid-19, con sus secuelas de todo tipo, sufrimos las consecuencias de los excesos suntuarios de nuestro actual gobierno con su corte faraónica de ministros, dirigentes y asesores, y su errónea política económica. La tardanza en recibir los famosos fondos comunitarios que iban a resultar como un milagroso maná capaz de resolver todos nuestros males. La meteóricas subida de los precios de la luz y de los carburantes, las huelgas de los camioneros, de los agricultores y ganaderos, que han hecho subir como la espuma los precios de los alimentos, etc. lo que ha conseguido que nos hayamos empobrecido todos.

O al menos eso debiera ser, y es lo que denuncian los expertos en la materia, y ratifican los inquietantes informes de Cáritas, con sus índices de pobreza que provocan esas largas colas de familias necesitadas en sus puertas o en las de las iglesias, Cruz Roja o Bancos de Alimentos.

Y España es un clamor de quejas populares porque los precios incluso los de los artículos de primera necesidad suben y es difícil, por no decir imposible, llegar a final de mes.

Pero resulta, que con esta situación, apenas se abre la mano para poder viajar sin restricciones sanitarias, los españoles en masa, o al menos en una masa proporcionalmente muy elevada y a pesar de ese alto precio de los carburantes, se lanza a las carreteras, al ferrocarril o al avión, y abarrotan hasta la bandera hoteles, casas rurales, estaciones de esquí, restaurantes, etc., con la natural satisfacción para el mundo de la restauración o el turismo en general.

Y uno se pregunta ¿qué contradicción es esta? Porque se entiende el deseo de disfrutar un poco de la libertad de los largos confinamientos y restricciones. Pero, ¿y ese desenfadado gasto? ¿Es que ya ha desaparecido definitivamente la laboriosa y ahorradora clase media, que levantó España tras la guerra civil? ¿Es que la sociedad española se divide ya rabiosamente en pobres cada vez más pobres y en ricos o pudientes, cada vez más ricos y más pudientes?

Y tras esta extraña situación contradictoria, viene también otra muy ligada a la anterior referente al paro.

En España hay un porcentaje de paro que aunque no es como para entrar en un periodo prerrevolucionario, sí es preocupante, porque es uno de los más elevados de Europa sino el primero. Especialmente el juvenil, que, según parece, es del treinta por ciento del mismo.

Y aquí viene la contradicción. En cuanto abres o consultas un medio de comunicación, nos enteramos de que en España tenemos cientos o incluso miles de puestos de trabajo sin cubrir. En la construcción, con empresas que ya piensan en cerrar por falta de personal, la hostelería, el transporte por carretera, y muy especialmente en

el campo, donde se echan a perder cosechas enteras de frutas, verduras, espárragos y en olivares o viñas.

Y todo esto tampoco cuadra.

¿Por qué si hay tres millones y pico de parados, especialmente jóvenes, no se cubren esas ofertas?

Naturalmente se entiende el que sobre todo en ese sector juvenil, los jóvenes que se han esforzado, han estudiado y han sacado sus carreras y sus títulos que acreditan su preparación, en muchos casos con mucho esfuerzo y sacrificio económico suyo o de sus padres, aspiren a conseguir un puesto de trabajo digno que se corresponda con su esfuerzo y formación y se muestren frustrados por no conseguirlo e incluso desilusionados se vayan a otros países con mayores oportunidades.

Pero resulta preocupante e incluso irritante, el que a veces aparecen entrevistas a pié de calle sobre este tema y haya jóvenes, y no tan jóvenes, de esos que están en paro, que cuando les preguntan por su situación y la posibilidad de apuntarse a alguna de esas ofertas de trabajo, sin rubor, te contestan que esos puestos son muy duros, se pasa mucho frío o mucho calor, se gana poco, no les permite tener tiempo libre, etc. y que prefieren ir tirando, haciendo «chapucillas» o suplencias, y seguir cobrando el sucesivo paro mientras puedan hasta que se acabe, y vivir en casa de sus padres o abuelos, porque con los salarios ofertados no se pueden comprar un piso ni vivir por su cuenta.

Ya sé que no se puede generalizar y que afortunadamente no todos los españoles piensan o hacen eso, pero es que el número de parados es demasiado grande para no sospechar que hay mucha trampa e inhibición.

¿Con este planteamiento y sin tomar medidas para obligar a trabajar o al menos a recibir cursos intensivos de formación, (las empresas de formación profesional se quejan de falta de alumnos), para que puedan colocarse aunque sea en trabajos inferiores a su deseos pensamos salir del bache?

Y vamos a la tercera contradicción.

Cada vez es más conocida y más preocupante la situación de la llamada España vaciada.

Nuestros pueblos se mueren y solo están habitados por ancianos que se resisten a abandonarlos. Pero los jóvenes huyen por falta de trabajo suficientemente remunerado para vivir y formar una familia, y porque en ellos faltan escuelas, centros de salud, carreteras decentes, oficinas de Bancos, etc.

En el mejor de los casos, en algunos pueblos, los dueños de sus casas, o más bien los hijos de sus dueños, vienen a pasar unos días en el verano en los puentes o en las fiestas, porque el desplazamiento es barato, el aire saludable y la comida aunque poco variada abundante y sabrosa. Pero ya no vuelven en muchos meses.

En alguna ocasión parece que algunos pueblos han ofrecido casa gratis y trabajo a alguna familia, a ser posible con niños, para mantener abierta la escuela, o para desarrollar alguna labor como emprendedores. Y ha sido un éxito.

Y viene la pregunta: ¿con tanto pueblo vacío, y tantas tierras desaprovechadas, no es una contracción el que haya tanto paro y tanta necesidad de sitio donde vivir cuando en esos pueblos en cambio, necesitan volver a oír los juegos y las risas de los niños y gente que se sienta feliz en esos espacios tranquilos y saludables? ¿Es que no es posible que esos pueblos vuelvan a tener vida, proporcionando esas o parecidas

ofertas a españoles en dificultad, o a los miles de emigrantes de diferentes razas, colores idiomas o cualificaciones, que deambulan por las ciudades, malviviendo, a veces en condiciones peores que aquellas que sufrían en su tierra natal?

¿No sería mejor dedicar los fondos que se emplean en subvenciones y parches coyunturales, en rehabilitarlos y hacerlos habitables y que vuelvan a crecer las antiguas cosechas ahora en tierras baldías, para que al menos no hubiese que importar tantas cosas? ¿Y no sería eso más humano y rentable para esas personas con ganas de trabajar e integrarse, y para el resto de los españoles, que gastar recursos y dinero en subvenciones, para que vayan subsistiendo. Creo que es preferible gastar ese dinero en darles formación adecuada para que vivan de sus trabajo. No hay que darles un pescado escaso, sino enseñarles a pescar.

Y por último la contradicción política.

Las elecciones francesas nos han presentado un panorama curioso o al menos distinto a lo habitual. Los franceses con su sistema electoral, resulta que no lo han hecho como estaban acostumbrados con un enfrentamiento de dos ideologías y militancias con sus respectivos programas para conseguir el favor de los electores.

Esta vez no. Nada de izquierdas o derechas. Lo han hecho dos partidos de derechas entre sí, aunque con formas o fines diferentes.

Y resulta que en España al menos en una buena parte de los próximos comicios locales autonómicos o generales, todo indica que se va repetir este planteamiento.

En Andalucía que será la primera (en realidad la segunda, porque la primera experiencia fue en Castilla León) ya habrá sido así cuando se lea este número de *Cuadernos de Encuentros*. Todo apunta a que contra el partido del gobierno o más bien contra los partidos que cada vez integran menos el actual gobierno, que se odian a muerte, pero que también se unen a muerte para subsistir y seguir aferrados al succulento pastel del poder, se van a presentar dos partidos de derechas, el Partido Popular y Vox.

Los dos saben que todas las encuestas advierten que sea cual sea su resultado, si quiere gobernar una de ellas y no los socialistas, tienen que apoyarse uno en el otro y no pisarse mutuamente la manguera como en el chiste de los bomberos, y arrasar en las urnas como anticipo de lo que podrían hacer en las próximas generales para desplazar definitivamente a Sanchez. Pero me temo que no lo hagan así, y seguirán en su pugna de machos alfa, dispuestos a no ceder ni un milímetro en su empeño.

¿Estrategia? No lo creo, más bien contradicción, y si así ocurre, como en las anteriores, pero especialmente en esta, ya sabemos los que deseamos solo lo mejor para España y para los españoles por encima de intereses partidistas, en qué parte de nuestro cuerpo le van a dar la patada a Sanchez. ●